

vilización.—Investigaciones reflexivamente verificadas en el dominio de la naturaleza y basadas en los hechos, acabaron por establecer como cosa cierta que el hombre apareció de repente en una época determinada, no muy remota, pues no pasa de algunos miles de años, ⁽¹⁾ y que los primeros datos encontrados respecto de él nos le muestran organizado como está ahora, separándole de los animales que más se le parecen, igual abismo que el que los separa hoy. ⁽²⁾

El mismo resultado nos da un examen de la vida moral y religiosa, en otros términos, de la civilización intelectual, basado en la historia; pero ésta nos indica otro hecho no menos seguro: Que el hombre no se elevó por un proceso inmensamente largo, de un estado de naturaleza más ó menos animal, hacia una civilización digna de él, sino que se encontró inmediatamente desde su aparición á una altura de perfección intelectual y moral que le fué imposible alcanzar, no obstante sus esfuerzos, en los siglos sucesivos.

No hay documentos humanos que nos digan cómo sucedió eso, pero se encargó de ello la Revelación divina. Ésta nos dice que una intervención directa de la divinidad elevó al hombre desde el principio muy por encima de su natural debilidad, y que más tarde, habiéndose separado de Dios por su propia culpa, no sólo cayó de aquella elevación sobrenatural, sino que descendió más abajo de lo que en su naturaleza había de bueno; sólo dando fe á esas indicaciones, se puede esclarecer la oscuridad de hechos que sin esto serían inconciliables.

Pero no estamos conformes con las opiniones que atribuyen al hombre una degeneración completa, diciendo que nada bueno queda ya en él, pues contradicen tanto la verdad de la fe cristiana como la experiencia. Las épocas de decadencia profunda, otro hecho que nos enseña la historia, presentan muchos y edificantes ejemplos de los es-

(1) Pfaf, *Schoepfungsgeschichte* (2 Aufl. 1877), 725.

(2) *Ibid.*, 722.

fuerzos que hizo el hombre para su mejoramiento. En aquel caos de corrupción moral, descubrimos en los individuos y en los pueblos conmovedores rasgos de nobles pensamientos y de plausibles esfuerzos hacia lo mejor. La decadencia del hombre no fué nunca completa ni lo será jamás.

De este modo se explica la contradicción de esa lucha y de esas continuas caídas que imprimen especial carácter á la historia de la civilización humana; si recorremos esa historia, experimentamos el mismo efecto que cuando observamos la obstinada lucha del sol con las brumas de invierno. Jamás progreso completo, pero jamás tampoco completa corrupción. Nunca está perdido todo, pero tampoco hay época ni civilización ninguna cuya impresión total produzca una satisfacción completa. Y cuando hemos examinado los más brillantes períodos de la civilización, nos retiramos con el corazón entristecido, porque recordamos las palabras del poeta: «¡Cuántos derroteros seguidos para tener luego que retroceder! ¡Y felices á lo menos los que pueden hacerlo!» ⁽¹⁾

El observador imparcial se asombrará de los innumerables bienes que con cada civilización caída en decadencia perecieron para no volver nunca, á lo menos en su modo de ser antiguo. Puede suceder que los tiempos futuros nos indemnicen de eso con otros bienes, y aun que éstos sean superiores á aquéllos; pero eso en nada altera el hecho de que los antiguos bienes se hayan perdido sin remedio. En ninguna parte se agregan, como convendría para un progreso continuo, las conquistas del pasado al trabajo de las épocas siguientes, sino que generalmente la nueva vida surge de los restos de la antigua á costa de dolorosos sacrificios. ⁽²⁾

En fin, como consecuencia de todas las pérdidas y de todas las producciones nuevas, se consumen la fuerza creadora y la vida misma. Pueblos y épocas se gastan, se de-

(1) Schrott, *Dichtungen*, 26.

(2) Lotze, *Mikrokosmos*, (1) III, 21.

bilitan y desaparecen. La infusión de sangre y elementos extranjeros es un remedio en muy raros casos, y cuando lo es, nunca para mucho tiempo.

Si no se dota á la generación que languidece y muere de un elemento sobrenatural de vida, superior á las fuerzas humanas ordinarias, la historia nos enseña que no es posible evitar la relajación y la ruina que insensiblemente vienen.

Todas estas verdades son el provecho que nos produce la ojeada á la verdadera historia de la civilización humana. Nos humilla y nos ensalza á la vez; confunde la humanidad, pero la consuela mediante la certidumbre de que la obra de Dios, la naturaleza humana, no puede ser completamente arruinada por ninguna infidelidad.

CONFERENCIA XVIII

EL RESULTADO FINAL DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA

1. Carácter de Timón, el aborrecedor de los hombres.—Por el tiempo en que la ficticia prosperidad de Grecia súbitamente se arruinó, como flor que ayer se erguía en toda su gracia y hoy se marchita y pudre á consecuencia de la primera helada, vivía en Atenas un hombre que llamó de un modo especial la atención de los moralistas y de los poetas, no sólo de entonces, sino también de los sucesivos. Era Timón, el misántropo.

Según todo lo que de él sabemos, no podemos juzgarle como un hombre ordinario. Tenía regular instrucción en filosofía, era sociable, se distinguía por su amabilidad, y estaba bien mirado á causa de los servicios que había prestado á su patria, pues daba á manos llenas sus riquezas al Estado y á sus amigos. ⁽¹⁾ Pero debió experimentar lo mismo que todo hombre serio, cuando la religión y la moral declinan; pues es muy raro encontrar un espíritu tan superior y una virtud tan perfecta, que no se vea arrastrada, por la decadencia general ó la indiferencia, á la acritud y á los desórdenes.

En este caso se encontró Timón. Habría podido tolerar que la muchedumbre hubiera caído en la vulgaridad; pero hería de muerte su corazón el que no procediesen mejor los más nobles espíritus con que estaba relacionado. Veía á los hombres decaer más profundamente cada día, y con ellos la sociedad y el Estado. Entonces comenzó á odiarlos; herido su orgullo por no poder separarse de la socie-

(1) Lucian., *Timon*, (5) 5, 7, 8, 50, 51.